

Luz y sombra del matrimonio

Por ENRIQUE GUARNER

EN su «Diario» publicado por primera vez en 1887, Charles Darwin encontraba los siguientes aspectos positivos y negativos en casarse:

«Hijos —si Dios quiere— dan compañía constante o son amigos y están interesados cuando uno es viejo. Habrá la sensación de una segunda vida. Hogar y alguien que se ocupe del mismo. El encanto de la música y de la conversación femenina. Pasar el resto de la vida trabajando con un fin. Dios mío, parece intolerable la existencia solitaria en una casa fría y sucia de Londres. Resultará mejor una esposa suave y agradable que encienda la chimenea. Es por ello mejor casarse, casarse.

«En cambio en lo contrario no habrá hijos que nos causen angustia y que obliguen a ganar el pan, mientras se pelean. Libertad para ir a donde nos plazca. Escoger los amigos o pertenecer a un club en el que seguramente en-

contraremos hombres inteligentes. No existirán familias que nos visiten y que nos hagan perder el tiempo, sino que se leerá por la noche. No habrá gordura, ni ociosidad, menos angustia y responsabilidad y tendremos más dinero para comprar libros. Además, cabe la idea de que a la esposa no le guste Londres o que sea una descuidada, holgazana o tal vez tonta».

Un año después de esta evaluación en 1839, a la edad de 30 años, Charles Darwin se casó con su prima Emma Wedgwood y tuvo siete hijos. Como ella era heredera de la ya para entonces famosa fábrica de porcelana, nunca le faltó dinero al descubridor de la Evolución para seguir comprando libros.

A través de todas las épocas, la relación humana más importante ha sido el matrimonio. Contenido en él existen grandes beneficios, así como motivos de angustia, de salud o de enfermedad y problemas sexuales.

Aspecto históricos

En 1400 antes de J.C., durante la conquista de Canaan, los hebreos capturaban de otras tribus a las que después harían sus esposas o concubinas. En el Antiguo Testamento la poligamia resultaba bastante común. El ejemplo nos lo da Jacobo, quien trabajó para su suegro a lo largo de 14 años con el objeto de mantener a Lea y a Raquel. Tal vez el laborar en exceso fue lo que dio lugar a que el pueblo judío optara por la monogamia.

Los antiguos griegos daban un papel menor al matrimonio y en Atenas representaba un arreglo funcional para procrear herederos. La posición de la mujer era secundaria en la vida del hombre a tal punto de que si había invitados ella servía la mesa, pero no comía con los visitantes. Aristóteles pensaba que las esposas tenían que ser más obedientes que los esclavos. Pericles llegó a afirmar: «La mejor reputación que pueda alcanzar una dama, es la de que no se hable nunca de ella».

Los espartanos arreglaban relaciones extramaritales con una finalidad eugenésica, Licurgo llegó a decir: «Si un hombre de carácter desea una mujer casada por la belleza de sus hijos, debe pedirle permiso a su marido para plantar y en su terreno y suelo fértil, la semilla que creará niños superiores».

Sin embargo, si no se obtenía la venia del esposo el caso sería de adulterio y por lo tanto perseguido por la ley. A lo largo de la República las esposas romanas ocupaban una posición de carácter secundario, pero con la llegada del Imperio, fueron adquiriendo cierto poder. Es por ello que Cato llegó a exclamar: «Los romanos gobernamos sobre todos los hombres de la tierra, pero las mujeres nos gobiernan a nosotros».

Los cristianos primitivos no se decidieron pronto acerca de qué posición tomar con respecto al matrimonio. Algunos obispos lo proclamaron como un sacramento, en tanto que San Pablo aseguraba que era mejor casarse a morir en la hoguera. Fue hasta el noveno siglo cuando la ceremonia nupcial fue bendecida por primera vez.

La llegada del Renacimiento cambió la posición del sexo femenino perteneciente a la clase alta y fray Luis de León escribió esa joya de la prosa castellana del siglo XVI que es «La perfecta casada». En ella nos dice: «Mujer de valor, ¿quien la hallará? Mas allende muy alejado sobre las piedras preciosas es el precio suyo». El autor aconseja a la que entra al matrimonio «no empeñar a su marido y meterle en enojos y cuidados, sino antes al contrario, librarle de ellos y ser perfecta causa de alegría y descanso».



Otra de las condiciones que debe reunir aquella que se casa es el ser hacendosa y aprovechada, «y que de lo salvado de la casa y de las cosas que sobran y parecen perdidas, no hace cuenta el marido haga una virtud».

Pide asimismo fray Luis que la esposa sea trabajadora, «que vele y que hile no aceptando nunca la ociosidad. Ha de ser la perfecta casada piadosa con los necesitados, mas no abrir el hogar a todos los que profesan pobreza».

En uno de los capítulos más largos el escritor trata de la manera de vestir que debe ser conforme a lo que pide la decencia y la honestidad. Finaliza el bello libro describiendo los peligros de casarse con «persona aventajada en belleza, porque el mayor adorno de la mujer es el servicio hacia Dios».

El cambio que nos ha llevado al matrimonio actual fue la Revolución Industrial y el surgimiento de las democracias. Con ello el casamiento se convirtió en un contrato civil y las esposas obtuvieron el poder de ganarse la vida, modificando las restricciones a las que habían sido sometidas a lo largo de siglos.

Factores psicológicos

Uno de los primeros problemas que el matrimonio presenta es el que se base en el concepto del amor romántico. Esta característica debía dar lugar a que las personas que se unen abandonaran cualquier motivo egoísta y buscarán el interés mutuo. Por supuesto que los ingredientes neuróticos que todos los seres humanos llevamos dentro hacen que lo anterior sea absolutamente imposible con la consecuente desilusión de la pareja.

Otra idea absurda es la de creer que con el casamiento surgirá la felicidad y la completa satisfacción sexual. Ya en el famoso reporte de Kinsey que se publicó hace cuarenta años, se demostró que en las dos terceras partes de los matrimonios existían desajustes sexuales, los cuales determinaban el que un esposo de cada dos y una cónyuge de cuatro tuvieran alguna aventura sexual antes de la edad de cincuenta años. Julia Rainer ha manifestado: «La infidelidad no es nada nuevo en la historia de la Humanidad, puesto que ha seguido a la monogamia como si fuera su sombra. Si ella ha crecido en la actualidad de una manera geométrica, es porque ahora existen más posibilidades dentro de una sociedad que antes estaba restringida y que en los últimos años se ha ido liberando».

En casi todas las clases sociales la división de las labores del marido y de la mujer han sido determinantes en la estabilidad de las parejas. Desde la infancia cada sexo parece haber sido entrenado para que cumpla con un papel específico y en una mayoría de los casos es la esposa la que se dedica a la cría de los hijos y al trabajo hogareño. Esto da lugar a que ellas vean truncadas sus aspiraciones y a que sufran una frustración intensa.

Por otra parte el hombre suele alejarse del hogar y generalmente realiza la mayor parte de sus actividades en lugares distantes a los que su cónyuge tiene poco acceso, lo que determina una barrera en la comunicación y a que se dejen de compartir intereses comunes.

Los problemas económicos que las parejas han sufrido, sobre todo en los últimos años han dado lugar a que la mujer participe en el mantenimiento de la familia. Muchas lo hacen por necesidad pero también existen las que trabajan para evitar el asilamiento o el vacío dentro de sus vidas. Esta situación ha creado autoacusaciones porque el abandonar el hogar suele haber culpa tanto por no cumplir con algo para lo que fueron educadas, como por sus obligaciones como madres.

En general, el suplemento que las esposas aportan es menor que el del marido, pero también existen matrimonios en los que ella es la rica y el esposo queda inferiorizado llegando a convertirse en un «príncipe consorte» o apéndice devaluado.

En conclusión, el problema del matrimonio tiene que enfrentarse con los siguientes hechos:

1) En el proceso evolutivo de la humanidad, la neurosis que cada uno lleva dentro tiende a brotar en el momento de casarse.

2) En cualquier matrimonio el objeto que se escoge es un derivado del complejo de Edipo. El destino de la pareja depende de la resolución que se haga del antiguo «romance familiar».

3) La tradición romántica que beatifica la ceremonia marital debe ser explorada para que los mutuos procesos neuróticos de la pareja puedan superarse.